

MI NOMBRE NO SE HA ESCRITO

Por Ernesto Florentino Escobar

A mitad de la noche me encuentro en un punto del que no sé si voy o vengo, sentado en la cama sin poder comprender —a veces— el mundo tan complejo que me rodea. Comienzo a ordenar las breves imágenes que pasan por mi cabeza, y a escribir algo así como:

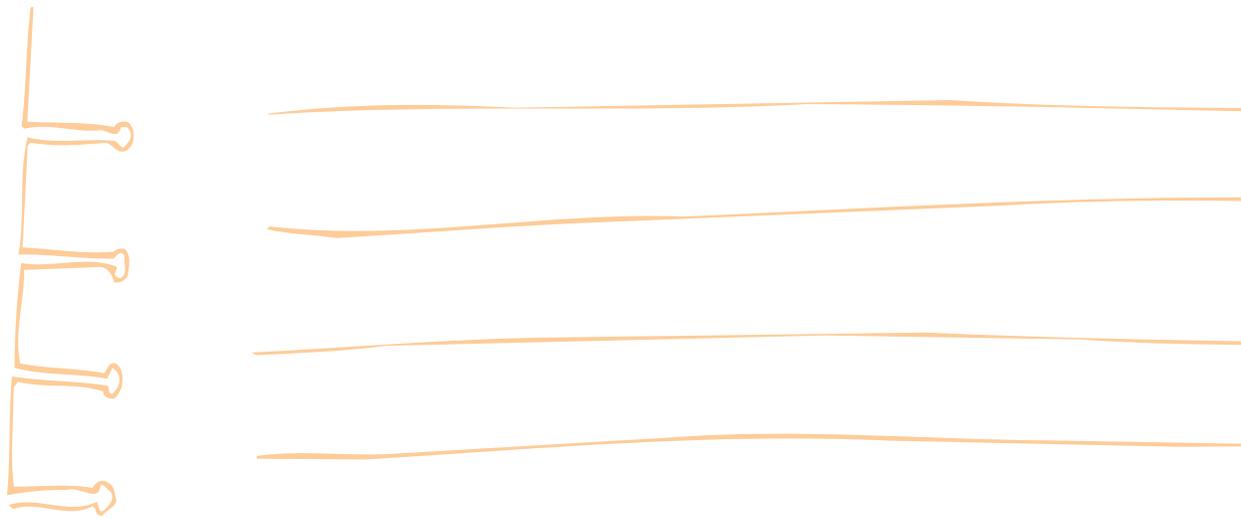
EL ADIÓS

Si tan sólo pudiera verte,
qué de cosas te diría,
qué de cosas pensaría...
Si hoy, vida mía,
sin tener alguna duda
te ofreciera mi vida...
Qué de cosas podría explicarte,
qué de cosas podría expresarte.
Solo, aquí, escribiendo
tu nombre y escuchando tu voz,
puedo decirte que te extraño,
que te amo,
y expresarte mi dolor.
Si el dolor que me has dado
ya le ha arrancado el alma
al corazón, sólo te pido
una ilusión...
Déjame besar tus labios
cual fruto de la pasión
y déjame darte mi adiós
con una rima sentida
que sirva para los dos
de recuerdo y despedida.

Leo el texto anterior y pienso que en realidad no es eso lo que quiero decir en este momento. Nunca he sido una persona sobresaliente, de hecho mi existencia es algo reservada, poco agraciada y, en ocasiones aún más tristes, monótona y aburrida. Al ser presa del anacronismo, siempre termino en lo propio, y entonces pienso: ¿por qué habría de detallar hoy una historia idiota y alegre, contando “lo mejor que me ha pasado en la vida...” con esa singular simpleza tan eterna, creyendo en lo original que resultará mi historia al lado de las *originales* historias de los demás?

Creo, en este momento crucial, que en realidad nunca he tenido “mejores momentos”. De lo que sí tengo llena mi memoria es de esos pequeños fragmentos ordinarios que componen mi existencia. Esos instantes monótonos que, de no presentármeme nunca, muy probablemente no tuviera yo sustancia. ¿Por qué, entonces, no contar algo cotidiano? Algo de muy dentro que pueda verse simplemente, sin alucinaciones ni artimañas; algo que rompa con esta seriedad (autor-lector) y evite la solemnidad que caracteriza a la mayoría de los escritores.

Trato de pensar en algo que sea digno de ser contado y no logro atinar



a escribirlo. Y sigo aquí, sentado al borde de la cama, mirando sin ver, oyendo sin escuchar, rascándome la panza y esperando una señal divina que ilumine mi nefasta memoria. Comienzo a dilucidar mis ideas y pienso que éste no es mi camino, que éste nunca fue mi destino. Constantemente me quejo de ser el único que no es entendido, el único que se da cuenta de que México ya no existe, de que la “vida” es todo, menos vida, y que constata que la gente se alegra mientras come mierda y es tan idiota como siempre.

Aturdido, comienzo a ver luz de nuevo. El sol se levanta en el horizonte y me saluda cuando, desde su lecho, como el agua, riega despacio esa esperanza de soñar. Pierdo la vista en el infinito, y con ella el último suspiro antes de levantarme. Con los párpados llenos de sueño me dispongo a levantarme de la cama, arrojo el cuaderno y el lápiz que intentaban llenar el enorme vacío de aquella hoja en blanco. Acomodo el primer pie sobre el piso frío y, casi sin darme cuenta, la otra pierna ya está junto a la primera, como cuando eres niño y descubres el maravilloso arte de caminar. Paso a paso me dirijo al cuarto contiguo y me encuentro

con aquel líquido cristalino, incoloro e insaboro, tan cálido como los añorados labios del amado ser; y así, de recuerdo en recuerdo, me dispongo a cumplir con mi labor estudiantil.

Recorro el áspero camino y mis pasos me conducen por la esclavizante ruta de todos los días; en vano me dispongo a seguir de largo. Penetro en el ácido de la carretera y sus conductores. Sentado en tan solo y repentino lugar, reparo con dolor en el espacio vacío que debía ocupar alguien especial y que decidió no estar conmigo ya. En su lugar hallo a una persona cuyo rostro denota la preocupación que siente por no ver con claridad su futuro.

La poca neblina se ha disipado ya, y sin embargo no percibo la clara sonrisa que este hermoso día me regala; en el trance de este destino dudoso ya no sé creer ni tengo el ánimo para pensar. La insistencia del chofer, que con tonos fuertes y agresivos reclama el capital por el cual ha venido a dejar parte de su vida, me hace regresar a mi realidad ordinaria. Al mirarlo fruncí el ceño, pero comprendí que lo que aquel tipo exigía no podía serle negado; entendí que aquello no podía considerarse una

futesa, pues de dichos cobros dependían otras vidas.

Durante el trayecto no pronuncio palabra alguna, como es costumbre en quien pretende pasar inadvertido, pero en la mente tarareo una canción vieja, recuerdo de la infancia, robada por los años de mi muy corta existencia. Me acerco al conductor para indicarle dónde bajo y de mi boca no sale ni un *gracias* porque, como es costumbre, los conductores son poco serviciales y los pasajeros nada cordiales.

¡Al fin en la escuela! ¡Vivo! Siempre con la perplejidad y la ignorancia necesarias para aprender. En la puerta un enmascarado de azul, reconocido elemento fracasado, víctima de la de por sí creciente enfermedad llamada mediocridad, vigila la entrada.

Ahora necesito toda la tarde para acercarme a los que comercian con la educación, sencilla y reciclada que, en el peor de los casos, ya están enterados de lo sucio y cruel que no se puede tapar. Hablo de esos seres a quienes de una forma u otra les debemos el conocimiento, vasto, suficiente o nulo; amantes de la ciencia y la cultura... Unos saben lo que dicen,

otros dicen lo que saben, y algunos, hasta lo que no saben. La educación en México...

Recurro al llamado de la llamada "generación X". Música equis. Moda equis. Ideales equis. Pensamientos equis, sentimientos x, inteligencia x..., todo equis. En matemáticas nos enseñaron a sumarlas y a multiplicarlas, a lo que no se nos enseña es a restarles importancia ni a dividir las entre los demás, menos entre nosotros.

Siendo apenas medio día me pierdo entre las sombras, residuo de la noche que he dejado en la vereda. El reloj me hace tic-tac recordándome que soy víctima del tiempo en medio de la gran urbe; espero apenas el momento de acudir al llamado de mi segunda casa: el taller de teatro. Escuela que previene el deterioro mental ocasionado por la contaminación humana que ensucia el ambiente y daña los mal llamados "medios de comunicación". Escuela que ilumina mi existir y me rescata de la penumbra, que me asigna un nombre y no un número (curioso... también equis). Escuela que ha despertado en mí este pensamiento, que antes era nulo, y que ahora me permite comprender a la sociedad a partir de mi capacidad de

abstracción. No teniendo más que decir, la inercia obtenida a lo largo de tres años de asistencia me conduce al ensayo.

Ya de noche, durante el enloquecedor camino de regreso, guardo en el cuarto encantado mi ventana principal, donde observo un mundo que nadie viene a tocar. Veo el filo de la carretera desecha, desecha como mi cara, mi cuerpo y mi humor; cansado, añoro de nuevo la casa y la cama.

Facilidad es la palabra que me falta, y que hace mucho no comprendo, para poder dar respuesta a los largos reclamos familiares por amar más el teatro que mi propia casa. No contesto. Respiro lo más hondo posible que mis pulmones me permiten y, ya entrada la madrugada, el cuerpo me exige un inmerecido descanso; comienzo así con la interminable tarea que el cuerpo me reclama. La luna casi siempre me da las buenas noches, escucho a los perros que ladran distantes y en la almohada el latido de mi corazón, el eco del grito que quiere salir de mi interior retumba en las paredes de mi ser, pero aquí nadie me escucha y nunca me escucharán. Mi grito ahogado se irá conmigo a la tumba y ahí no lo soportaré, la garganta y los tímpanos de mi alma quedarán destrozados con mi llanto...

Así será el resto de mi vida, hasta que un buen día —y consciente— decida que nunca más, que no son necesarios los gritos, y los silencios jamás. Para entonces no me escuchará nadie, pero la muerte callado no me sorprenderá. Sé que el alma humana juzga sus propios pensamientos y que toda lección trae consigo una desgracia, pero también sé que a los extraordinarios momentos ordinarios de nuestra existencia siempre, siempre, les restamos importancia.

A cambio de mi necio hábito silencioso, trato de percibir atento las sorpresas que todos los días la vida con gusto nos regala, cuando contemplamos un crepúsculo seductor acompañado de nubes densas; cuando al amanecer recibimos el sol, desnudos, con un viento helado; cuando ya empapados notamos con gusto el agradable sudor que invade nuestro cuerpo, producido por un delicioso y generoso calor; cuando al caminar en la ciudad nocturna nos sigue a todas partes una hermosa luna, como para afirmar su valiosa complicidad; cuando, un día cualquiera, descubrimos que no cualquier día es un día cualquiera; cuando amanecemos un buen día tendidos en cualquier pedazo del mundo con el cuerpo géli-

do e inerte y el alma perdida, como rindiéndole un hermoso tributo y homenaje a la vida... Por todo ello digo con gusto que no me importa no haber contado un solo momento feliz, pues todos los instantes de mi vida lo son. Así, con orgullo les hago saber que conocí esa felicidad a la que todos se pasan buscando en la vida, haciendo lo posible y hasta lo imposible para grabar sus nombres en los anales de la historia que, más temprano que tarde, olvida. No conocí un solo momento especial en mi existencia y, sin embargo, nunca dejé de ser feliz, pues mi vida ya era especial de por sí, desde el primer día, en que me permitió nacer. Por eso, con la frente en alto, una sonrisa en el rostro y un temple feliz frente a todo, quiero hacerles partícipes de la desgracia que a ustedes les embarga, pues descubrí la felicidad verdadera, pero me la llevaré a la tumba gustoso para seguir disfrutando allá de lo que también la muerte me regale a pesar del oneroso precio. Sigam sufriendo con su tonta y estúpida prepotencia, ridiculizándose a sí mismos con sus aires de grandeza; enaltezcan su tonto orgullo y no busquen en vano la efectiva fórmula secreta, ya que mi nombre no se ha escrito en la historia y, ¿saben?, no se escribirá. Ⓓ

